

Cortés; los nobles y personas principales de la ciudad escaseaban cada vez más sus visitas, y los soldados veíanse muy mal provistos de víveres. Por medio de buenos espías se supo que en las gargantas de los bosques se reunían numerosos guerreros, viéndose al mismo tiempo en la ciudad algunas huellas de que se preparaba algún alevoso ataque. Notaron que muchas de las calles contiguas á las viviendas de los españoles estaban socavadas y provistas de fosos, cubiertos artificialmente, en los que había puntiagudas estacas. Una calle estaba obstruída por fuertes vigas; sobre las terrazas de las casas construían los tlascaltecas grandes parapetos, detrás de los cuales había gran cantidad de piedras, dardos y azagayas. Mujeres y niños abandonaban secretamente la ciudad, que no tardó en quedar solamente habitada por hombres armados.

Pero la seguridad absoluta acerca de los traidores instintos de los cholulas la obtuvieron los españoles por medio de la intérprete Marina, que consiguió captarse la confianza de una crédula cholula. Por ella supieron que los enviados del indeciso Motezuma habían ganado, valiéndose de ricos presentes, á las autoridades de la ciudad para que dieran un decisivo golpe de mano contra los forasteros. Los españoles debían de ser acometidos á su salida de la ciudad é inmolados todos. En el gran templo habían sido ya sacrificadas siete personas para inclinar á los dioses en favor de su empresa, y ya tenían aparejados los collares y cuerdas con que pensaban sujetar á los españoles que cogieran prisioneros, que serían también sacrificados en holocausto á sus dioses.

Era, pues, preciso adelantarse á este ataque. A las tropas tlascaltecas que acampaban fuera de la ciudad se les dió orden de que en cuanto oyesen el estampido de un cañonazo penetrasen en la ciudad; y en efecto, al amanecer, no bien se oyó el disparo, cayeron unidos españoles y tlascaltecas sobre los habitantes de Cholula, haciendo en ellos terrible matanza por espacio de bastantes horas; gran número de edificios y torres, entre ellos el gran templo, fueron presa de las llamas, quedando convertida la ciudad sagrada en teatro de las más salvajes escenas. Unos 3.000 hombres perecieron en las calles, y otros fueron quemados vivos ó arrojados desde la plataforma del gran templo. Al cabo de cinco horas consiguió Cortés apaciguar la sed de sangre y saqueo de las tropas tlascaltecas, que habían dado rienda suelta al odio y rencor que profesaban á sus enemigos.

La noticia de la carnicería de Cholula y de su pronta sumisión produjo gran efecto en todos los ánimos, y sobre todo en el de Motezuma, que, frustrado ya su inicuo proyecto, veía más próxima la catástrofe que presentía.

De nuevo solicitó el consejo de sus dioses y adivinos, pero no obtuvo respuesta que le satisficiera. En vista de ello envió otra embajada con

ricos regalos para Cortés, encargando á los mensajeros que negasen toda participación suya en la conspiración de Cholula, y al propio tiempo que le invitasen á su residencia, donde le esperaría.

Restablecida en Cholula la tranquilidad, y habiendo vuelto á sus ocupaciones los que habían escapado con vida de la hecatombe, emprendió



Bóveda del palacio arruinado de Comalcaeco

Cortés con sus españoles, totonacos y tlascaltecas la marcha contra Tenochtitlán, residencia de Motezuma. El camino que á ella conducía pasaba por la cima de la montaña que unía á los dos gigantes volcanes, á 5.400 metros de altura. Para indagar la causa, desconocida para los españoles, de las columnas de humo que salían del Popocatepetl, envió Cortés al capitán Diego Ordaz con algunos soldados hasta la cúspide de la montaña, á la que no se había atrevido á subir ningún indio de las inmediaciones. Con grandes esfuerzos lograron aquellos temerarios abrirse paso á través de las cenizas, nieve y hielo, hasta llegar casi á la puntiaguda cumbre, cuando de pronto sintieron retemblar la montaña, que, con terrible estruendo y espantoso y ronco bramido, empezó á vomitar llamas, humo y piedras candentes. Era tan infernal el ruido que parecía derrumbarse toda la montaña. Los audaces españoles esperaron una hora á que

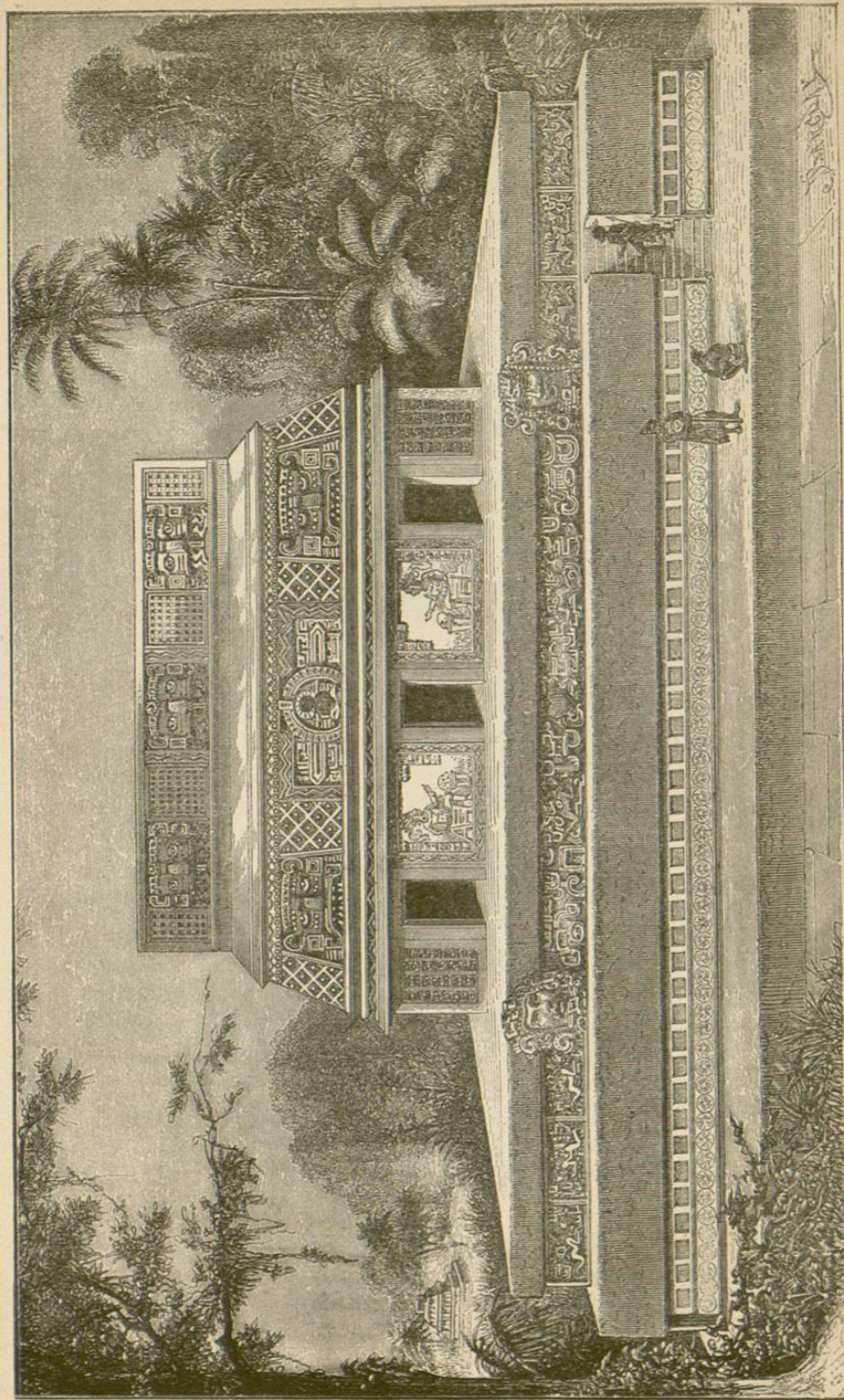
se calmase la erupción, y subieron después hasta el inmenso cráter, que era completamente circular y tenía cinco kilómetros de circunferencia y uno de diámetro. De lo hondo de esta gigantesca caldera, que no tendría menos de 300 metros de profundidad, salían las llamas y el humo con estrépito atronador (1).

Luego que los españoles, que quedaron mudos de asombro, se hubieron acostumbrado al aspecto de aquella infernal cocina del demonio, contemplaron largo tiempo el sorprendente y dilatadísimo panorama que tenían á sus pies á gran profundidad. ¡Qué maravilloso espectáculo! Como un libro abierto veían ante sus ojos los florecientes países de México con sus ricas y matizadas llanuras, montañas y valles, brillantes ríos y lagos, y numerosas ciudades y pueblos; sobre todo embelesábase su mirada al contemplar un dilatado valle que lindaba con los montes próximos al volcán, y que estaba casi cuajado de inmensos lagos, el cual valle era el objeto de todos los peligros y privaciones sufridos durante la marcha: allí estaba la ciudad de Tenochtitlán, cuyo nombre veían ante sus ojos en todo momento. Distinguíase perfectamente en medio del azulado lago la gran ciudad con sus numerosas torres, por más que la distancia fuese demasiado grande para distinguir sus detalles. Profundamente conmovidos por tan impresionable espectáculo, bajaron los valientes en busca de sus compañeros, que los esperaban en la loma de la montaña, llevando como trofeos grandes carámbanos de hielo que habían arrancado de las paredes superiores del cráter.

Una vez atravesado el escabroso paso de la montaña, donde sufrió mucho el ejército á causa del extraordinario frío y viento arremolinado que reinaba, descendieron, pasando por Tlalmanalco y Amaquameca, á la rica provincia de Chalco. Muchas dificultades tuvieron que vencer aún, pues el vacilante y siempre indeciso Motezuma había dado orden de oponer todos los obstáculos posibles á la marcha de los temidos extranjeros. Los españoles hallaron el camino que conducía á la montaña completamente obstruído, y en las partes en que tenían que atravesarla habian extendido inmensos troncos de árboles que costaba gran trabajo separar.

Por último, apenas llegados al lugar de Tlalmanalco, fueron detenidos por algunos enviados de Motezuma, que conjuraba á Cortés á que no

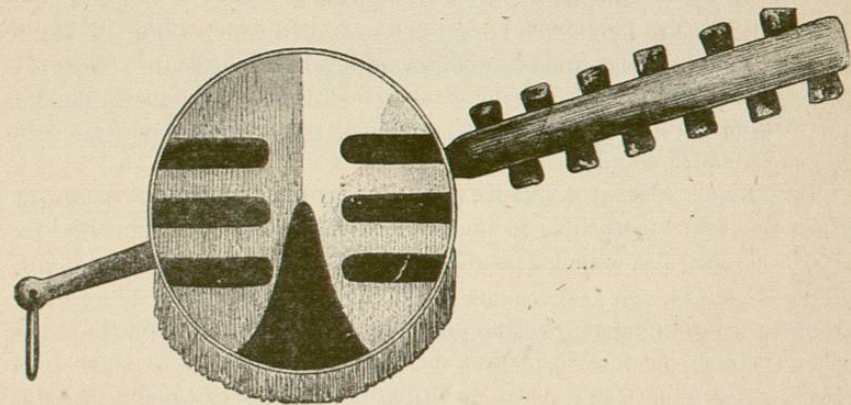
(1) El Popocatepetl, que se hallaba en completa actividad en el tiempo de la conquista de México por los españoles, ha dado en el presente siglo muy pocas pruebas de su naturaleza volcánica. La última erupción parece haber tenido lugar á fines del siglo pasado. Si bien hoy día no son ya visibles desde la llanura los vapores exhalados por el cráter, no puede considerarse por esto, ni con mucho, al Popocatepetl como un volcán completamente apagado.



Templo mexicano antiguo (según Charnay)

fuese á Tenochtitlán, pues su aparición ocasionaría indudablemente terribles agitaciones; añadiendo que, si accedía á este ruego, le enviaría grandes cargas de oro, y que se hallaba al propio tiempo dispuesto á pagar anualmente el tributo que se le indicase.

El ruego del monarca, que estaba por completo obseso por la superstición, no consiguió ablandar el acorazado pecho del duro conquistador, no quedándole otro remedio á Motezuma que seguir el consejo del cac-



Antiguo escudo mexicano y maquahuitl
(Copiado por R. Cronau de unas pinturas que se hallan en México)

que de Tezcoco y recibir amablemente á los españoles como enviados de un príncipe extranjero, y darles la bienvenida.

El pequeño ejército español hallábase en la parte baja del país lindante con el lago de Chalco. Por todas partes hallaban florecientes instalaciones, pequeños pueblos y ciudades construídos mitad en tierra mitad sobre el agua. Pasaron por otros muchos lugares en los que se elevaban las torres cada vez á mayor altura, saliendo templos y casas de entre las olas, lo cual aumentaba más y más el asombro de los españoles, que creían hallarse en un país encantado. «Esto no es realidad, son visiones de la fantasía», decían los unos admirados; «verdaderamente cree uno ver los palacios encantados del libro de caballería de Amadís de Gaula», respondían los otros.

Y en efecto, siguiendo las aventuras de estos temerarios hidalgos, creemos ver convertidos en realidad los cuentos de *Las mil y una noches*. Viendo de Ajotzinco llegaron á un dique de bastantes kilómetros de longitud que separaba el lago de Chalco del de Xochimilco, lindante con éste por la parte Oeste. Este dique, hecho de piedra y arcilla, era, según los datos de Cortés, tan ancho como una lanza, y conducía en línea recta á una pequeña y bien fortificada ciudad construída en medio del lago y que

llevaba el nombre de Cuiclahuac. Allí vieron los españoles extraños jardines é islas flotantes, que podían trasladarse á voluntad de un lado al otro del lago, y que con sus magníficas flores y cuadros de hortaliza presentaban encantador aspecto.

Una vez pasada esta pequeña ciudad, que contaba 2,000 habitantes, siguieron su marcha sobre el dique hasta llegar al continente, donde fueron cuplimentados por los caciques de las ciudades de Coluocán é Iztapalapán. En esta última fué instalado Cortés en un palacio que daba idea completa de la arquitectura mexicana. Los edificios estaban construídos con baldosas muy bien labradas; toda la madera empleada era de cedro y otras maderas finas y olorosas, las paredes estaban revestidas de tejidos de algodón que ostentaban magníficos colores, y además reunía el palacio toda clase de comodidades domésticas.

En muchos aposentos veíanse pequeños jardines matizados de magníficas rosas, con fuentecillas de agua dulce á las que se subía por unas bonitas escaleras. Los edificios estaban cercados por un gran jardín de maravillosa belleza, con grandes cuadros de flores, bosquecillos de rosales y árboles que circundaban un estanque de 1,600 pies de circunferencia, cuyos bordes estaban hechos de piedras de colores y en el cual se veían toda clase de aves acuáticas y peces de brillantes colores. En medio de estas portentosas plantaciones pasó Cortés algunos días, viendo acercarse, con el corazón palpitante, aquel que había de llevarle al objeto de sus deseos y por el cual había caminado meses enteros: á la hermosa ciudad de Tenochtitlán.



Plato de barro pintado
Existente en el Museo de Instrucción pública de Berlín



La piedra del Sol ó de Tizoc, existente en el Museo Nacional de México

LOS ESPAÑOLES EN TENOCHTILÁN

Era el día 8 de noviembre del año de 1519. El sol de la mañana elevábase radiante de detrás de los altos picos nevados de la montaña desde la cual miraban á la llanura hermosísima de Anahuac (1) las gigantescas cúspides del Popocatepetl y el Iztaccihuatl. En medio de esta plataforma rodeada de azuladas montañas veíanse diversos transparentes lagos, y en el mayor de ellos hallábase situada aquella ciudad maravillosa donde se disfrutaba de una primavera eterna, y que había elegido por residencia el temido soberano de los aztecas.

Allí se dirigía Cortés con su ejército en las primeras horas de la mañana del mencionado día. El camino se extendía sobre un dique tan ancho que

(1) Esta llanura, situada á 2,200 metros sobre el nivel del mar, y que tiene unos 60 kilómetros de diámetro, es el cegado cráter de un inmenso volcán que, extinto desde hace siglos, debe de haber sido el más terrible del mundo. Sobre el fondo de este inmenso cráter reuniéronse, una vez apagado el volcán, tan grandes masas de agua que le llenaron por completo formando un mar. En el transcurso del tiempo secóse éste en parte, dividiéndose el resto en diferentes lagos que en tiempo de los aztecas cubrían aún la mayor parte de la alta planicie. Los lagos más pequeños de Zumpango y Xaltocán estaban situados en la parte Norte de la misma, y los de Chalco y Xochimilco, en la del Sur, estaban divididos por un dique, pero en sentido hidrográfico totalmente unidos. El centro de la plataforma se hallaba ocupado por el importante lago de Tezcoco. Una extraña particularidad es que los lagos Zumpango, Chalco y Xochimilco contienen agua dulce, mientras que los de Xaltocán y Tezcoco son salados.